



Comprar en:



## **Índice**

**¿Cómo será Miami?**

**Lo caro, a veces resulta barato**

**Sangre caliente y sangre fría**

**Los almendros y yo**

**El Universo es demasiado pequeño**

**Soledad de cuatro**

**Frijoles colorados**

**Ilicitano descafeinado**

**Hasta el último momento**

**Mensajes**

**Galleticas de chocolate**

**Un Quijote de otra tierra**

**Raperos**

**En el asiento Trasero**

**Una moneda al aire**

**Un pestañazo de diez años**

**Tsunami**

**Tiempo de los verbos**

**El Último Peldaño**

**A lomo de Venado**

**Abriendo las compuertas**

**Aprendiendo**

**Barranca Abajo**

**Chaquetas regaladas**

**Coincidencias**

**Hablando a calzón quitado**

**Cuesta arriba**

**Deuda Interna**

**Dos mañanas del mismo sol**

**A la paja y al fuego las junta el diablo**

**El guanajo sin cabeza**

**El Muro**

**El Niño, Meñique y el Principito**

**El precio de las cosas**

**Las almas nunca son viejas**

**El peligro de una ofensiva revolucionaria contra las gallinas**

## **Prólogo del autor**

Bienvenidos a un viaje cautivador, un recorrido por las intrincadas telarañas del destino entrelazadas con el encanto irresistible del humor y la esencia misma de la vida. En estas páginas, se despliegan relatos que exudan el espíritu agridulce de la emigración cubana, entrelazados con conflictos amorosos y la perenne búsqueda del sentido de la existencia.

A través de los meandros de la ironía y el ingenio, cada historia revela la extraordinaria capacidad del ser humano para encontrar luz en la oscuridad, risas en el desasosiego y esperanza en la incertidumbre. Los personajes, inmersos en sus dilemas y pasiones, nos invitan a reflexionar sobre la vida, el amor y el eterno cuestionamiento de nuestro propósito en este vasto teatro que llamamos mundo.

Es un honor presentar este compendio de relatos, tejidos con la sabiduría del humor y la calidez de la experiencia humana, como un espejo que refleja la complejidad y la belleza de la condición que nos distingue del resto del reino animal.

Una mirada profunda hacia el viaje de la emigración, un retrato vívido de los encuentros y desencuentros que enriquecen nuestro camino y nos desafían a encontrar significado en cada paso que damos.

Adéntrate en estas páginas y déjate llevar por la magia de la narrativa, porque, al final, la vida misma es un relato esperando ser contado y vivido.

(Con la valiosa ayuda de Chat GPT)

## ¿Cómo será Miami?

Los niños son la esperanza del mundo.

José Martí

¿Cómo será Miami? Tío Henry le dijo a mi Papá que hay edificios de cien plantas, cuñas de carrera y grúas Kato. Que si me porto bien y no vomito por el camino, me van a comprar una locomotora por control remoto con tren y todo. ¿Y por qué habría de vomitar si este barquito es de lo más bueno: hecho con cámaras de camión, tremenda vela, asientos y una brújula?

Cuando le pregunté a mi tío si era una viejuela montada en una escobuela, casi me da un pescozón el muy abusador porque nunca está para bromas. Ahora me haría falta una, para montarme a la grupa y volar por arriba de ellos y mirarlos allá abajo bailando la carlinga y vomitando hasta que se queden sin locomotora. Además, para ir a buscar a Canela y llevármela que debe estar loca de hambre y de extrañarme porque no llegué de la escuela.

Eso es lo que me jode de mi tío, que fue el que no quiso traerla. A ver, ¿quién le preguntó a ella si quería venir? A lo mejor tiene en Miami un perro-tío-millonario. Bueno, mejor que se quede y se mude para la casa del Mocho y así no se la come un tiburón si se cae del barco este, que ya no le cabe un frijol a mandarrazos: Mi Papá, el Tío de mierda, Mi madre y El Corsario Negro en la proa del barco sacando su sable:

Oye tío, ¿por qué no quisiste traer a Canela a ver? ¿Te gustaría que toda tu familia se fuera para Miami y te dejara solo en el barrio?

Saca tu espada, anda pendejo. Zas, zas. Te voy a cortar una oreja como El Rey a los hermanos de Meñique si no buscas ahora mismo la cáscara de nuez y la pones dentro del tanque plástico con mucho hielo.

Porque tengo una sed desde que salimos, que le zumba el mango y eso que hace un ratico nada más que estamos dando tumbos en este Nautilus por las profundidades donde vive la Ballena Blanca con sus dos pichones que se llaman Blanco Primero y Segundo. Primero es obediente y no se va a nadar solo por ahí por esos mares, pero Segundo se porta mal en la escuela y por eso no le pusieron la pañoleta de pionero ni lo van a llevar a la excursión.

Yo tampoco voy a poder ir y ahora no sé con quién Carlitos armará la casa de campaña de lona amarilla que tenemos. Seguro que con el Mocho y otro pionero, porque a mi me van a echar de la organización cuando se enteren que me fui para Miami.

No sé por qué mi madre tiene ese miedo en la nariz si ya estamos llegando. Es un pestañazo y ahí están las casas de cien plantas y las grúas, los jugos de mango en tarritos de cristal y todos los cucuruchos de maní que me dé la gana.

Y el tío Henry va a tener una cuña de carrera para que no joda más. A mi Papá le van a pagar en dólares y más nunca va a tener que ir los domingos a trabajar voluntario, para que me pueda llevar al parque Lenin o al del pato Donald ese que dice mi tío.

Este mar se ha puesto más oscuro que la cueva de cimarrones aquella que fuimos a explorar. Y los perros ladrando afuera con la boca del tamaño de esas olas que nos quieren tragar con barco y todo.

¡Ay Dios mío!

Mi madre me lastima el brazo de tanto apretar y a mi tío una ola le llevó la gorra de pelotero. Voy a vomitar aunque se joda la locomotora.

Total, seguro que mi Papá no me iba a comprar nada porque siempre gasta todo el dinero en ron y después va para la casa borracho y no me compra ni un pirulí.

Mi Mamá se está cansando y cuando lleguemos seguro que se va a divorciar para casarse con Superman y le voy a pedir prestada la capa para ir con ella a la escuela:

Soy el hijastro de Superman y quiero aquí ahora todas las coca-colas del aula. Y pobre del que tenga refresco de naranja en un tarro, porque tengo una pistola de rayos que convierte a los niños en lo que me dé la gana. A ti americanito bermejo te voy a convertir en sapo con ojos saltones si no paras este viento ahora mismo y se acaban las olas y el mareo.

Mira que me estoy cagando de verdad porque mi madre no sabe nadar, el barquito está volcando y ella no tiene la culpa. Si mi abuelo estuviera aquí nos salvaría porque ese si sabe de barcos de vela y submarinos. Pero ese viejo de mierda es comunista y al que le hable de irse para Miami le rompe la cara de un puñetazo. Cuando estuvo en la guerra de Angola se batió solo con un pelotón de negros africanos que le habían puesto una emboscada y los mató a todos.

Total, ahora lo único que tiene, dice mi tío Henry, son las medallas, que no sirven ni para comprar pastelitos de guayaba en la gasolinera y la cicatriz en el muslo por el balazo.

Tengo mucho frío y estoy como un pollo, pero tengo más miedo porque mi madre se va a ahogar y ella no fue la que quiso venir, ni yo tampoco. Ya no quiero grúas Kato ni un carajo, ni ver edificios de cien plantas, ni patos Donald. Lo que quiero es salvar a mi Mamá. No me gusta que llore, y que se le quiten los temblores.

Hay Padre nuestro que estás en los cielos, quién dijo que no creía en ti, ni en esa virgencita que salvó a los dos negros del bote cuando la llamaron. Si mi mamá y yo escapamos de ésta, te voy a encender una vela del tamaño del palo mayor del Titanic y me voy a aprender de memoria los rezos que se sabe abuela y más nunca en mi vida, te lo juro, me voy a cagar en Dios.

Me siento flojo y tengo un ciclón en la cabeza, con ráfagas y cosas volando: la carriola del mocho, la gorra de pelotero de tío Henry y la nave espacial de ET. Pero tengo que despertarme porque se me hace tarde para la escuela y no voy a poder ir al parque de los dinosaurios con Carlitos ni me voy a poder montar en el pato Donald para darle la vuelta al mundo por arriba de las nubes, en el submarino de abuelo.

Estoy sintiendo un barco por allá atrás. Seguro que es él con los negros africanos y los delfines que salvan niños. O quién sabe si es el Corsario Negro que anda por estos mares buscando tesoros para robárselos y no le tiene miedo a la boca de lobos ni a los buchets de sal que me estoy tragando.

El tío Henry y mi Papá dejaron de gritar insultos. Hace mucho rato que no los oigo porque tengo los oídos taponados igual que cuando fuimos a la piscina la semana pasada a jugar con El Mocho.

Ahora debe estar en su casa con ropa de dormir seca y acostado en su cama para irse mañana para la escuela.

No puedo ni abrir los ojos por el agua y el viento y ya no sé si estoy tosiendo o vomitando, ni sé si el barco está al derecho o al revés. Pero siento clarito al abuelo que me está llamando y que viene a buscarme en un submarino.

Ya mi madre no me está apretando tanto porque el zarandeo de las olas es menos y la televisión dijo ahora mismo qué va a pasar el mal tiempo.

Abuelo llegó hace ratito en un barco pirata y está buscando a mi mamá por aquí cerca. Lo más que me jode son los ojos que casi no puedo abrir y la sed que tengo. Y la quijada que me sigue temblando.

También han venido el Mocho, Carlitos y la maestra, y ella trajo a Canela porque estaba gemiqueando sola en la casa porque yo no llegaba.

Ese zumbido del barco y esas voces son las de ellos. No puedo verlos porque tengo los ojos como fuego, pero hay una claridad como de Sol que está saliendo. La virgen con su vestido amarillo seguro que vino cuando me quedé dormido y Superman salvó a mi madre de las olas y abuelo me rescató con los delfines y entonces ellos dos se hicieron amigos porque Super no es malo, y el viejo comunista tampoco.

La garganta se me está rajando, todo me da vueltas y siento las voces de los niños de mi aula y de los negros africanos pero no entiendo nada.

¡Si pudiera abrir los ojos un poquito para verlos, si pudiera preguntarles por fin para dónde vamos!

## **Lo caro, a veces resulta barato.**

Era una de esas gestiones impostergables que tenía que hacer en mi último viaje a La Habana y enseguida me di cuenta que me había acostumbrado demasiado pronto a la tecnología de los certificados digitales y las citas previas en el viejo continente, porque aquí, la cosa es a la dura y sin guantes, como reza en el lenguaje callejero.

Tomé un poco de café con una cucharada de leche en polvo y salí al circo romano de las calles. El asfalto no había terminado de disipar lo que había recibido del sol el día anterior y en las guaguas, se apretaba la gente para desmentir eso de que se ha perdido la cercanía humana.

Al bajar de aquella lata de sardinas, los retortijones me estaban matando por el café y la leche en polvo y no se veía una cafetería ni por casualidad.

Ya le estaba echando el ojo a un edificio en ruinas de los que abundan en el centro de la capital, de esos majestuosos que retan al siglo veintiuno desde lo más profundo de sus escombros, cuando de pronto con la visión borrosa divisé una cafetería.

Le pregunté a una empleada si tenían baño, con la misma cara que seguramente le preguntan los balseros a la policía al llegar a Miami, si les brindarán asilo político.

No soy la responsable de eso, me dijo con el pulgar enfilado hacia el fondo, donde otra persona fregaba el suelo.

- Pregúntale a aquella.

Aún cuando no sonreía me di cuenta que le faltaban los dientes de arriba y más de la mitad de los de abajo en su corta batalla de apenas cuarenta años contra la miseria.

Había estado al tanto de lo que yo quería, sabía por un bolso que llevaba colgado de dudosa procedencia y seguramente por el color de mi piel, más blanca que los residentes habituales, que venía de otra parte, que sabe Dios de donde salí aquella mañana para que ella pudiera comer diferente ese día.

- ¿Vas a orinar o dar del cuerpo?

- Me temo que las dos cosas.

- Entonces tienes que darme sesenta pesos.

Mientras buscaba el dinero en el bolso que llevaba, me dió un cubo de agua que tenía reservado para estos casos, en uno de los rincones.

- Échase al inodoro cuando termines.

Le pagué y salí del aprieto.

Entonces me puse a hacer cuentas que por un euro me daban más de ciento cincuenta pesos al cambio en ese misterioso mercado silencioso que hay en la Capital y llegué a la conclusión que, para mí que vengo del otro lado, resulta barato.

Lo que ella no sabía es que hubiera estado dispuesto a darle la mitad del salario para no cagarme en los pantalones.

## **Sangre caliente y sangre fría**

Resulta que era oficial del ejército en Cuba allá por los setenta y pasábamos la vida esperando que el ejército americano nos invadiera, cosa que por los planes celestiales, parece que no estaba programado.

En caso que sonara la sirena de la alarma aérea, el oficial que estuviera de guardia tenía que ordenar que subieran todos los soldados y personal civil que trabajábamos en un taller, en una guagüita rusa que eras más vieja que el palmar de arañas, e ir a unos refugios que Dios y los cubanos sabemos el pico y pala que nos costó, pero eso es otro cuento.

La cosa es que estando de guardia suena aquella jodienda y apuro a todo el mundo a la dichosa guagua.

La batería de la muy degenerada estaba en el cementerio de Colón hacía como un año y las piezas de repuesto escaseaban, así que había que girar el motor manualmente con una palanca para que arrancara.

Pero resulta que el chofer era un recluta, que no llegaba a cincuenta kilogramos y cuando empieza a darle vueltas a aquello decía constantemente:

- Teniente no puedo, es que no puedo.

Y la cabrona alarma que se desgañitaba.

Entonces yo, que tampoco pesaba mucho más que el chofer, agarro el artilugio, en un alarde y le doy una vuelta que arrancó el motor del tiro.

Lo malo que dio tal tirón aquello, por la presión de los pistones, que me pilló una canilla y entonces hice un suspiro de dolor que los asmáticos de toda la provincia se enteraron al momento, porque los dejé sin oxígeno.

Todavía subí a la guagua con la sangre caliente pero enseguida que me senté, me entró un frío en la barriga y un mareo del dolor y ahí mismo me dio un desmayo.

Los otros se asustaron tanto que en vez de ir al refugio, salieron conmigo para la enfermería y vine a despertarme cuando el simulacro de bombardeo había pasado.

Desde entonces no he visto un aparato de esos para darle vuelta al cigueñal manualmente y arrancar motores, ni quiero verlos jamás en mi vida.

Comprar en:

